

Agua por todas partes

Julio Miranda

BALSA LLENA DE VACAS. SON VACAS, NO METÁFORAS: LA PRUEBA ES QUE mugen mirando el horizonte. Las vacas más cultas del mundo, como dijo el Máximo Vaquero, pero con la lengua afuera. Huyendo, traumatizadas, ¡carne de matadero sicoanalítico! Ahí está Roquentina: la náusea le agría la leche. A su lado Simona, jovencísima y, sin embargo, pensando ya en escribir sus *Memorias de una ternera ordeñada*. Más allá va Espronceda que, dominada por un raptó cuyas causas ignora, avanza hasta situarse frente a las otras y, agitada, declama:

*Con veinte cuernos por banda,
viento en popa, a toda vela,
no corta el mar sino vuela
una balsa vaqueril.*

Apaciguada, se reintegra a la contemplación del pastizal líquido, de angustiosa inmensidad comparado al potrero.

Sufren, pero el regreso es imposible. Miran al cielo: ni una señal de Toros al Rescate.

Nicolasa, entonces, deja escapar, tan inoportuna siempre: *¡Qué de barcos, qué de barcos!* Gritan todas, histéricas: *¿Dónde, dónde?*, atropellándose en su afán de descubrir los navíos salvadores, embistiéndose, empujándose de lado y lado hasta casi zozobrar. Ya calmadas, rodean amenazadoras a Nicolasa quien, a punto de completar el verso y su perdición, tiene el tino de canturrear, sandunguera: *Tú ves, yo no lloro, tú ves...* Mugidos de satisfacción, lomos levemente estremecidos, pezuñas palante y patrás, vaivén de ubres, colas al compás, lo entonan a coro:

*Tú ves,
yo no lloro,
tú ves...*



Montoncitos de tierra hay en la balsa, pero no dispuestos de cualquier manera: son, a escala, la Sierra Maestra, el Escambray, la cordillera de los Órganos,

las montañas todas de la Isla que han mandado por el viento partes suyas, emisarios, emblemas, signos pero ¿qué significan? Van, se van, por una vez navegan: quizás lo soñaron siempre: hacerse al mar o hacerse —deshaciéndose— mar.

Penetrar lo que piensan sería vano. Podríamos, desde fuera, politizar el hecho. Mejor respetar su misterio, dejar intacta la evidencia de un ¿destierro, invasión o mensaje?

Dicen que el perfil de la Isla se aplasta, que su altura disminuye, que hay brigadas rellenas con chatarra las sierras para que no se note, que los árboles se miran perplejos, que los pájaros vuelan ahora más bajo. Dicen.

¿Alguien sube a medir las montañas?



Una balsa nupcial para Cirilo Villaverde, quien puso a la literatura a hablar en cubano. Tiene sobre las rodillas varias marionetas a las que anima con los dedos mientras que, prodigioso ventrílocuo, las hace conversar sin mover los labios. La gorda Josefina se contonea, dirigiéndose a Cecilia Valdés:

—*Labana etá perdía, niña. Toos son mataos y ladronisio. Ahora mismito han desplumao un cristián alante de mi sojo. Lo abayunca entre un pardo con jierre po atrá y un moreno po alante, arrimao al cañón delasquina de Sant Terese. De día crara, niña, le quitan la reló y la dinere. No se pue un fiá de naide. ¡Adiós, caserite! Mucha sabí.*

Se retira graciosamente, cruzándose con Malanga, justamente uno de esos pícaros que ha mentado la seña Josefa. El criminal alardea de una de sus fechorías, diciéndole a quien lo ha inventado:

—*Es querei desisde ar señol, que dende el año pasao, entre yo, un paidito ñamao Picapica y un morenito ñamao Cayuco, paranos de mañanita temprano, junto a la plasoleta de Santa Teresa, a un blanquito mu currutaco que en cuando que le enseñó el jierro me se quedó muelto entre las manos y mos dio toas las prendas que tenía arriba de su cuelpo.*

Cecilia ríe y aplaude regocijada. Luego se acurruca mimosa sobre el hombro de Villaverde, tirando los muñecos al suelo. Ya le está desabrochando el chaleco a su Ciril cuando un furioso chapoteo los estremece.

—¡Tiburones! —chilla la mulata.

—¡Un coño! —responden desde el mar.

—El santo y seña —exige el narrador, implacable, enarbolando un remo. Aunque visiblemente agotado, el náufrago pronuncia, entre trago y trago de agua salada:

—La música afrocubana es fuego, sabrosura y humo; es almíbar, sandunga y alivio; como un ron sonoro que se bebe por los oídos.

—Suba, don Fernando.

Ayudan a trepar al viejo Ortiz, chorreante.

—Cirilo, mijo, una contraseña un poco más larga y me hundo...

—Ésa la escribió usted: si no fuera tan barroco...

—El negro Carpantié sí que se hubiera ahogao —palmotea Cecilia, haciéndole una muequita divina a Ortiz.

Otro espumoso torbellino se produce junto a la balsa, sobresaltándolos. Una oronda calva, de tonsura eclesiástica, aparece y desaparece entre las olas.

—¡El santo y seña! —gritan a coro.

—Niñas que vais bailando, al infierno vais saltando —cecea el mojado censor. Coinciden en la identificación: es el obispo Claret. Se miran, no dudan, lo hunden:

—¡Pargo al agua!

—¡Te jodite!

—Changó es también el dios de la música.

La balsa se desliza suavemente hacia un crepúsculo en technicolor, sobre el mar ya calmado. El trío se recuesta entre almohadones, con Ceci, desdoblada, en el medio. Flota una sugerencia de *ménage-à-trois*. Se oye un danczón (preferiblemente «Isora Club», por Cachao). FIN



El gallo y la gallina son los últimos en subir. Están preciosos con sus sombreros de mambí, ostentando la cubanía incluso en este trance, ¡más que nunca en este trance! *Sueño con serpientes* —le confía ella, al oído, temiendo el mal augurio. *¿Todas las noches?* —pregunta él. *Sí* —le dice, bajando la cabeza. —*Es una indigestión* —la tranquiliza él. Y, en verdad, tragó demasiados granos los días anteriores, previendo las penurias del viaje.

Los animales están inquietos. Cada uno lo expresa a su manera: pían, pifan, patean / rugen, crujen, berrean / trinan, aúllan, guerrear / chistan, gimen o mean.

Al fin llega la paloma, haciendo eses en el aire: *Confieso que he bebido* —admite, y al eructar deja caer la rama verde olivo que llevaba en el pico para despistar a los guardafronteras: el viento la impulsa mar adentro. *Buena señal* —chilla el totí.

Yemayá, protégenos —pronuncia Noé, agarrando el timón. Entonan todos:

*Virgen de Regla,
compadécete de mí,
de mí...*

Empujada por las patas de los patos, zarpa la balsa.

La balsa lleva sólo tres bustos. El de Lezama, provisto de un motorcito que hincha y deshinchas su pecho, simulando una respiración de asmático, luce en la boca un tabaco humeante. El de Sarduy se envuelve en una blusa de rumbera que, dadas las dimensiones de la efigie, queda suelta, flotante, cual metafórica espuma. El de Cabrera Infante, entabacado también, tiene a veces como un meneo, producto seguramente de otro oculto artefacto. A Virgilio Piñera lo representa un muñecón que cuelga por la borda, con los pies en el mar. Su voz temblona repite, grabación mediante, un verso de su poema más famoso, «La isla en peso»: *La maldita circunstancia del agua por todas partes*.

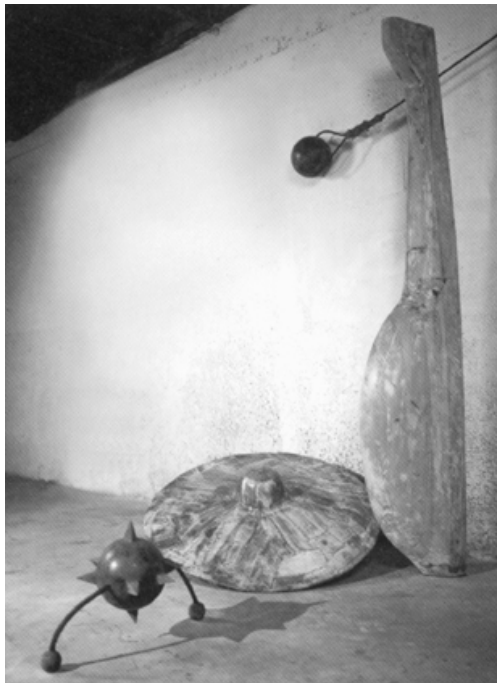


En esta balsa van mi padre y mi madre. Ella frota con ahínco mis medallas del colegio, protegiéndolas del salitre. Él va instalado en el sillón que, cuando esté en Caracas, bautizaré «la máquina del tiempo». Vivirá desde entonces sentado ahí, con los ojos cerrados, viajando sólo hacia atrás, regalándonos a veces atisbos de sus escalas: —*Hijo, qué bien lo estoy pasando, me encuentro en el Café Habana, qué lástima que tú no conociste su esplendor.* Luego se calla, vuelve a irse o a desaparecer, ensimismado, en esa regresión o regreso, inacabable, la única riqueza que le queda, mientras mi madre canta cabeza abajo, fortaleciendo los músculos del cuello para un grito que no ha dado aún.



Yo no me fui en balsa sino en avión.

*¡Qué vuelo más largo!
Aún voy por el aire.
Abajo veo el mar.
Quiero tocarlo.*



Prisoner of with in. (1997)